

sus hijos iban á cumplirse por un paso del alma desde las cadenas del organismo que las esconden y abruman al éter de lo infinito donde podrá desplegar todas sus alas redimidas de la servidumbre y absorber por todos sus poros lo divino por su identificación perpetua con su eternal criador. Triste cosa pensar en lo relativo, cuando se acerca lo absoluto; más así era el Rey, linfático, paciente, resignado, bueno, mas poco idealizador é idealista. Cuando quedaban entre la eternidad y el tiempo, entre la muerte y la vida, entre la vida transitoria y la vida inmortal, tan pocos minutos, parece lógico embargar al Rey ideas universales como la universal, con quien iba pronto á confundirse. Mas no le abandonaron las costumbres y las creencias regias ni en las alturas mismas del cadalso, á pesar de su nativa humildad. Lo real estaba en él más arraigado que lo humano. Así, no solamente se ocupó en las querellas religiosas entre juramentados é injuramentados, cuyas calamidades le perdieron; se ocupó de preguntar por las personas como el obispo de Clermont, como el abate Floirac, y como el Arzobispo de París. En estas preguntas, y sobre todo en las relativas al arzobispo, se nota cómo creía el Rey en los dogmas y en los preceptos religiosos, maquinalmente guardados dentro de su espíritu como adquiridos á macha y martillo, sin elevarse nunca, ni por ningún camino, hasta el supremo ideal en que todo se anima y esclarece. «Decidle al arzobispo de París, exclamó el Rey, que siempre me conté yo entre sus más humildes ovejas; decidle que muero en su comunión como he vivido siempre; decidle que no he conocido otro pastor que me guiara por los senderos del mundo; decidle que me bendiga y me perdone rezando por el descanso de mi pobre alma.» Dada la susceptibilidad y delicadeza del Rey, algo tenía el arzobispo que perdonarle. Durante los últimos angustiosos momentos de su reinado, cuando todavía se hallaba en el palacio de sus abuelos, escribiéndole sobre asuntos políticos y religiosos el arzobispo, y no le contestó el Rey, abrumado por sus combates y por sus desgracias. Minucia tan pequeña y baladí le interesó en aquel momento, hasta rogar al abate diera excusas al prelado por esta falta, reducida en el sentir general á una falta de cortesía, cuya consideración parece indigna de los dos personajes, del momento supremo, del postrer acto de aquella tragedia, de todo cuanto pasaba, que iba poco á poco suprimiendo el tiempo y revelando la eternidad. En esto, al punto de las ocho, aquella conversación se interrumpe á causa de la entrevista con su familia que le anuncia un comisario al Monarca. Veamos esta entrevista.

Mucho se conmovió el Rey, pues en esta clase de afectos domésticos y familiares no tenía compañero. Así pidió permiso al abate para retirarse, después de haberle dicho que lo aguardase allí, en el camarín mismo donde anudaran su coloquio, y se dispuso á subir al segundo piso de la torre habitado por los suyos. El comisario municipal detuvo al Rey en su marcha y le dijo cómo no podía salir de las habitaciones, donde se hallaba por superiores órdenes encerrado en perpetuo reclusión. Luis, resignado á todo de antiguo,

conforme con todo, y según los consejos de su carácter pacientísimo, avisado de todo por sus previsiones, bajó ante aquella bárbara intimación la cabeza y se apercibió á la entrevista con los suyos en las habitaciones designadas á su triste cautiverio. Y puesto que no le permitían subir á donde los suyos estaban, rogándoles, rogaba con encarecimiento á sus carceleros permitiesen á los suyos bajar, y bajar pronto. Los carceleros aseguraron que pronto bajarían. Mas, como el Rey les aguardase con suma impaciencia en su cámara, los esbirros le dijeron que no se le permitía tal cosa y que se hallaba destinado por el ministro y por la municipalidad el comedor, entre aquellas habitaciones, por sitio único de la entrevista. Replicando el Rey á estas notificaciones de órdenes contradictorias, recordó cómo la Convención le permitiera ver á su familia sin testigos; réplica breve, á la cual respondieron sus carceleros que todo se arreglaba viendo á los suyos sin testigos como quería la Convención y celados de vista tras las puertas-cristales de aquella estancia, como quería el ayuntamiento. «Pues que abrace yo á mi familia, sea como sea,» dijo el Rey á sus guardianes, con soberano desdén. Concluido este cambio de palabras, el mártir entró en la misma habitación donde por última vez debía ver á los suyos. ¡Cuán triste destino! La mujer amada con toda la exaltación permitida por su temperamento; los hijos del alma tan predilectos de sus padres; la virtuosa hermana que por su hermano se había sacrificado; todos los seres queridos, acercándose á un abrazo final, tras el que debían separarse unos de otros y quedar todos ó muertos ó dolientes, como árboles heridos de las centellas aéreas ó desarraigados del suelo donde se alimentaban sus follajes y se producían sus frutos. A pesar de la indiferencia, con que Luis veía, en su temperamento linfático, muchas plagas, que á otros hubieran sacado de tino, latíanle con latidos horribles las sienes y el corazón. Pero tal estado de naturales sobreexcitaciones no le impedía el hacerse cargo de las menores minucias circunstantes y tratar los menores detalles de la vida con una delicadeza femenil. Mucho iban á llorar todos, y por ende todos necesitarían algún vaso de agua que les refrigerara el abrasado cuerpo y les humedeciera los áridos labios. El Rey dió á Clery la orden de traer alguna botella, y al cumplirla éste, le observó no trajera un agua helada, porque podía con su helor acatarrar á la familia. Con efecto, habían traído una garapiñera con agua de nieve, y Clery llevó un vaso lleno con agua del tiempo, admirando la solicitud y la precisión de aquel monarca, siempre cuidadoso de los suyos hasta en lo más ordinario y en lo más vulgar de la vida. Un cuarto de hora pasó entre la salida del Rey de su camarín y su entrada en el comedor. Estos quince minutos parecieron una eternidad á su amor y á su impaciencia. El suplicio próximo, aquellas horas de agonía inenarrable, la muerte en la mañana siguiente, todo esto le importaba poco, si por todo esto veía con sus ojos y estrechaba contra su pecho á la idolatrada familia, principal objeto de su culto, amor primero de su tierno y amoroso corazón. Luis se paseaba de un lado á otro del comedor con gran celeridad, llevándose la mano al

pecho unas veces para contener sus emociones y otras á la cabeza para contener sus pensamientos, pues vería y vería pronto aquellos ojos que tantas veces lo habían iluminado, aquellas mejillas que tantas veces había cubierto con sus besos, aquellos seres por quienes hubiese renunciado su corona, y cuya vista, no obstante la fe del carbonero dominando sobre su pecho, prefería en aquel minuto á la vista de Dios y de los ángeles. Los nervios sacaron la cabeza en aquella complexión bien poco nerviosa; las congojas reservadas por el destino á los suyos le atenacearon las entrañas; el día de las bodas y de las natividades regias surgió por inevitable asociación de ideas y afectos ante sus recuerdos; y por sus aceleraciones en aquel estrecho recinto, por su continuo sentar y levantarse, por la constante aplicación de sus oídos á las paredes y de sus ojos á las puertas, veíase como perdiera el dominio de sí mismo y como le dominara con dominio absoluto el intenso amor á la familia, más poderoso aún que todos sus amores á la Religión y á la Iglesia. El primer sentimiento de religiosidad profunda y sincera, despertado por la presencia del abate Firmont, pasó como una centella, volviendo á sobreponerse los más vulgares sentimientos del corazón así como las consideraciones sobre los hechos más ordinarios de la vida. Pero, en este instante supremo, el Rey no tenía ojos, sino para ver á los suyos; no tenía oídos, sino para oírlos; no tenía sentimientos, sino para quererlos, olvidando para la felicidad suprema de un abrazo estrecho la proximidad horrible del suplicio. Los ángeles del Cielo, evocados por la presencia del confesor, no borraron, sino por cortos instantes, la sombra del verdugo en Luis XVI; pero borró por completo el placer espiritual de abrazar y besar á su familia.

Por fin apareció ésta. Tienen los franceses, como hemos dicho, una copia tal de memorias y documentos relativos á la revolución, que se puede historiar tan grande movimiento en sus menores incidencias y en sus particularísimos detalles, sin miedo de arriesgar cualquier afirmación problemática. Justifica esta verdad el caso y escena que vamos á historiar. Cualquiera cree que detalles como el vaso de agua fría, mencionado arriba, ó los trajes que llevaban el príncipe y las princesas en sus entrevistas con el Rey, no merecen los honores históricos guardados para los grandes acontecimientos. Sin embargo, los franceses fueron siempre amigos de las anécdotas y amigos de las memorias, en cuyos géneros literarios poseen documentos clásicos insuperables, pues no pueden superarse bajo el aspecto anecdótico las «Memorias» de Saint Simón, como no pueden superarse bajo el aspecto sentimental, ni ahora ni nunca, las «Confesiones» de Rousseau. ¿Por qué se han sabido todos los detalles, arriba mencionados, respecto de todo lo externo que hubo en la confesión última del Monarca y en la entrevista postrera de éste con su familia? Pues se han sabido por dos fuentes bien claras, y por otra fuente, no tan clara, de una incontrastable autoridad. Esta fuente última es el relato de la prisión del Rey, hecho por su propia hija en el Temple, y desautorizado por muchos, á causa de que María Tere-

sa no tuvo en el Temple ni plumas, prohibidas por la Comunidad que todo á los cautivos negaba, ni cortaplumas, prohibidos por la proscripción de todos los instrumentos cortantes. A estas «memorias», muy sospechosas de contrahechas, únense otras dos memorias de irrevocable autoridad. Son las primeras el célebre volumen publicado por Clery en Londres, testimonio de una grande importancia; son las segundas el folleto escrito por el abate Firmont con el título de *Los momentos últimos del Rey Luis XVI*. Ambas historias pertenecen á factores del antiguo régimen, como un clérigo injuramentado de la vieja Iglesia y un mayordomo impenitente de la vieja corte. Uno y otro arrimarán las correspondientes ascuas á sus sendas sardinas; pero uno y otro dirán la verdad del hecho, reconocida en lo mucho en que ambos á dos coinciden y en la conformidad con que ambos á dos lo relatan. Hay que desconfiar de sus juicios; pero hay que reconocer su fidelidad histórica. Comentan los hechos; y el comentario puede negarse, puede contradecirse, puede, por lo menos, en tela de juicio ponerse; pero no el hecho intrínseco en sí mismo, por ellos presenciado al momento de realizarse, y transmitido por ellos á la posteridad. ¿Cómo sabemos los trajes que llevaban Luis XVI y los suyos en la hora de su entrevista suprema? Pues lo sabemos por un conducto muy sencillo, que no deben recusar los historiadores, dotados de un sano criterio; lo sabemos porque un día la célebre madame Lebrun, afortunada pintora de históricos retratos, muy famosos y muy dignos de su fama, quiso trazar un cuadro sobre la escena de aquella despedida, y, para trazarlo, pidió á Clery informes sobre los datos pictóricos más interesantes á una grande artista de su género, sobre los trajes que llevaban los actores de la escena estudiada y apercibida por el genio para una reproducción en el lienzo. Así conocemos los colores de la casaca y de la chupa del Rey; así, el trajecito de marinero que ceñía su hijuelo; así las vestiduras modestísimas de las princesas, envueltas en una especie de estameña y cubiertas con una especie de tocas que les hacían aparecer como esas monjas apartadas de las grandezas del mundo, que han conocido mucho, y recluídas en los claustros bajo estameñas y lienzos que parecen sudarios ó mortajas, y en celdas estrechísimas, que parecen ataúdes ó nichos. Debemos dar tal número de noticias acerca de la entrevista, que tienen derecho los lectores á preguntarnos dónde las hemos recogido y en qué fuentes las hemos encontrado. Pues en las dos fuentes de Firmont y de Clery, dos testigos presenciales. Verdad que este último no presencié la entrevista, y Firmont se redujo á oír las lamentaciones, cuya intensidad penetraba las paredes y muros de la fortaleza; pero ambos á dos, naturales confidentes de la familia real, pudieron saber de buena tinta aquello mismo que no habían jamás en persona presenciado. ¿Cuáles confianzas íntimas, de todos los días, en el Temple pudo tener Luis XVI y los suyos tan expansivas y sinceras como las conferencias con Clery? ¿Cuál testigo de mayor excepción que este fiel criado? Y lo mismo que digo de Clery digo de Firmont. Más altos sus ministerios, tenían que aparecer sus procedimientos más delicados.

dos. Hablando un confesor de un confesado, habrá de tirar una línea muy difícil entre lo que debe publicar como historiador y lo que debe por secreto de confesión elidir. Firmont, en sentir mío, ha trazado esta línea con sumo acierto y ha supurado las dificultades insuperables con suma felicidad. En él no busquéis nada de lo que su penitente le dijera en el improvisado confesionario, pero buscad, y encontraréis todo lo sucedido desde las cinco de la tarde del veinte, en que Luis XVI llegó á lo que llamamos su capilla nosotros hasta la mañana del veintiuno, en que Luis XVI rindió su espíritu al Criador. Y voy á dar un testimonio más de su veracidad, adelantando el juicio de una especie, que han guardado y reproducido todas las historias sin examinar su exactitud ó falsedad. No hay frase tan hermosa como la que ponen innumerables leyendas en los labios de Firmont dirigida personalmente al Rey en la hora de pisar el primer escalón de su cadalso: «Hijo de San Luis, subid al Cielo.» La crítica reconoce lo inventado de tal frase, y Firmont sirve de fundamento á lo crítica porque no menciona en su relato el famoso dicho «Hijo de San Luis, subid al Cielo». Atengámonos, pues, en lo que historiaremos respecto del último trance de Capeto á Firmont y á Clery.

Primero apareció la Reina llevando su hijo de la mano; tras Delfín y Reina las infantas María Teresa y María Isabel. Toda la escala del sentimiento humano se podía recorrer con solo mirar á cada uno de aquellos personajes históricos en particular y á todos en general. Desalados, llorosos, trémulos, quienes bajaban del segundo piso al piso principal de la torre, habían bajado entre comuneros feroces, de aquellos deslenguados, habitudisimos desde los altos de la colectiva revolucionaria fiebre á refrescar con divina sangre de reyes sus fauces y á comer en sus huelgas carne de curas. Pero ni la Revolución ni la Realeza levantaban sus respectivas frentes en aquella escena humana, enteramente humana, en aquella escena donde sólo podía el sentimiento humano sentirse y levantarse la naturaleza humana con todo cuanto tiene de hondo y universal. El vigilante, puesto allí por la comunidad para tormento y martirio de reyes, príncipes y princesas, debía reconocer en sus víctimas á los hermanos, á los hijos, á los padres atormentados, cualesquiera que fuesen sus ideas revolucionarias, mientras príncipes, y princesas, y reyes, debían olvidar su artificiosa naturaleza monárquica y reconocer su naturaleza humana, en cuyo seno todos aparecemos iguales. La pasión de los pobres atormentados y la compasión de los atormentadores, arraigadas estaban en la naturaleza humana y no podían marrar, apareciendo en toda su intensidad, durante todas estas circunstancias. Así los unos solamente se acordaron del sér predilecto á quien perdían, mientras los otros sólo se acordaron del reo en su agonía y no del antiguo Rey en su pujanza. Todos los afectos de familia estaban reconcentrados en las personas reunidas dentro del comedor de Luis XVI. Amor de esposos convertidos por las separaciones continuas en amor exaltado de amantes: amor de padre y madre por la desgracia recrudescido; amor de hermana llegado hasta el herois-